

### El orgullo de ser obreros

-Señor Moreno, durante el año, ¿hace alguna celebración en su casa?

-Sí, el día de mi cumpleaños, que cae en 27 de julio. Ese día echo la casa por la ventana. Pero este año no haré mi fiesta porque voy a festejarle sus quince años a mi hija. Le voy a hacer su misa, su baile donde tendrá cuatro chambelanes y después su pachanguita con una orquesta tropical.

-En estos momentos una fiesta así debe de ser costosísima.

-Pues sí. Imagínese nada más que el vestido costó quince mil pesos. Y eso que fue de los más baratos. Salí carita la fiesta, pero nada a comparación si la hubiera hecho en algún salón de fiestas. ¿Sabe cuánto cuesta el alquiler? treinta, cuarenta mil pesos, y uno tiene que llevar la comida y la bebida.

"Pero con todo y el gasto y el sacrificio que haré, estoy contento de hacerle a mi hija su fiesta, de cumplirla su ilusión. Son pocas, muy pocas las que tiene uno en su vida. Será para ella una experiencia muy bonita, un recuerdo precioso que le quede para después, para los años por venir en que a lo mejor ya no tendrá oportunidad de vivir un día tan alegre como éste."

-Le llegó el gasto cuando acaba de sufrir una superdevaluación, a las pocas semanas de haber recibido su 18 por ciento de aumento salarial.

-Sí, eso es lo que nos aumentaron desde el 4 de junio pero, ¿de qué sirve? De nada porque enseguida las cosas, los productos, subieron en un 100, 200 y hasta 300 por ciento. Siempre es lo mismo: por cada aumento de salario, otro de precios, pero mucho más alto; de modo que ya hasta nos da miedo que nos mejoren el sueldo. No nos sirve de nada y en cambio esa mejoría sí es un buen pretexto para que los comerciantes hagan de las suyas. Pero con todas las dificultades y con la pena de que nunca le alcance a uno el dinero para nada, tenemos una compensación: el orgullo de ser obreros, de producir riqueza para nuestro país... aunque nosotros sigamos siendo pobres.

(1985)

#### CRISTINA PACHECO

Nació en el estado de Guanajuato. Realizó sus estudios en México, D.F. Trabaja como periodista en diarios y revistas, radio y televisión. Ha recibido varios premios, entre ellos: el Premio Nacional de Periodismo (1975 y 1985), el Premio Buendía y el Premio de la Federación Latinoamericana de Periodistas, FELAP. Desde 1960 ha publicado en Novedades, Siempre, El Día, Uno más Uno, La Jornada. Entre sus libros se cuentan: *Sopita de Fideo*, *Zona de desastre* y *Los dueños de la noche*.

#### El niño

Rafael F. Muñoz

Relatos como este reflejan un aspecto de la lucha revolucionaria mexicana, en donde la entrega y la participación de la mujer fue un hecho contundente, al olvidarse de ellas mismas para dar apoyo, tanto al soldado en particular como al movimiento en general, dando ejemplo de decisión y valentía.

#### Actividades:

1. Lee el cuento.
2. Ubica los acontecimientos en un lugar y un espacio determinados.
3. ¿Qué tipo de realidad se refleja en el cuento? Explica.
4. Explica por qué el cuento se llama "El niño". ¿A qué se refiere?
5. ¿Cuál fue la actitud de las mujeres ante la situación que se les presenta?
6. ¿Qué valores se encuentran presentes en el relato?
7. ¿Cómo era el lugar donde se realiza la acción? Descríbelo.
8. Escribe un comentario sobre su contenido.

### El niño

RAFAEL F. MUÑOZ

Los trenes militares, tendidos uno tras otro en la única vía férrea que atravesaba el desierto, eran una larga cinta oscura sobre la blanca extensión arenosa. Estaban inmóviles, pero el humo transparente, más bien aire tibio, que escapaba de la chimenea de las locomotoras, decía que aquella serpiente de carros, plataformas, jaulas de la caballería, tanques de agua y petróleo, vagonetas blindadas, estaba lista para ponerse en movimiento. Los trenes parecían abandonados: no había hombres sobre los techos de los carros ni caballos en las jaulas; la tropa había echado pie a tierra, y mientras las caballerías exploraban a distancia, hacia la serranía desdibujada, que por el norte ponía término al desierto, los infantes habían desplegado dos alas larguísimas a uno y otro lados de la vía, y avanzaron toda la mañana, con la carabina bajo el brazo y la cabeza inclinada hacia adelante, esperando oír silbar sobre sus cabezas, en cualquier momento, las balas de los rebeldes que podían estar escondidos en las quebradas. Habían marchado también el general en jefe y su Estado Mayor, en rápidos caballos, siguiendo la línea ondulante de la infantería en forrajeadores. Y también había avanzado "El Niño".

Era éste el cañón más grande en todo el ejército: se le traía siempre montado en una plataforma de ferrocarril, y se le cuidaba como si fuera el hijo mimado de los hombres de armas; pintado de gris, con líneas de azul oscuro en los filos, levantaba su larga nariz al viento, y de vez en cuando resoplaba con estrépito por su enorme boquete. La plataforma se estremecía sobre los rieles, y mientras los artilleros conservaban difícilmente el equilibrio, a diez, o doce kilómetros caían los escupitajos de "El Niño" en lluvia de plomo. Esa mañana había salido en su plataforma, empujado por una locomotora, y nada más; llevaba una pequeña dotación de granadas, cuarenta o cincuenta, porque el combate con los rebeldes no debía efectuarse aquella mañana.

El enemigo estaba fortificado, según los partes de las caballerías volantes, en un cañón de montaña en medio del cual corrían las paralelas de acero del ferrocarril situado a veinte o veinticinco kilómetros de donde estaban los trenes inmóviles. La infantería marchaba a colocarse en sitio para atacar formalmente a la madrugada, y "El Niño" iba a bombardear las posiciones avanzadas, impidiendo que durante el día, los rebeldes pudieran dedicarse libremente a mejorar sus atrincheramientos.

En los trenes había un silencio pesado tan pesado como el sol de junio que en ese mediodía levantaba aire cálido de la tierra sedienta. Las mujeres de los soldados se habían refugiado, bajo los carros y bajo las plataformas, únicos lugares sombreados en aquella extensión en que los mezquites de metro de alto, espinosos y hostiles, constituían toda la pobre flora. Los ferrocarrileros de tripulación en los trenes estaban en los cabooses, durmiendo la siesta. Algunas mujeres regresaban de la llanura trayendo leña, y comenzaron a hacer fuego para sus comidas, a la sombra de los trenes. A lo lejos, a cinco o seis kilómetros, se oían los disparos isócronos de "El Niño", y el oleaje de resonancias se extendía por la llanura en calma. A veces, el viento traía los restos de un toque de clarín.

-Siguen avanzando -decía alguna mujer acostada a la sombra de los carros.

-¡Pobres de nuestros viejos...! ¡Caminar con este "solón"...!

La interpretación de los toques de corneta corría como un rosario por debajo de los trenes, y en la misma forma regresaba la pregunta.

-¿No ha regresado ninguno?

-Ninguno. Ninguno, Ninguno.

Y las soldaderas volvían a quedar en silencio, soplando la lumbre y cocinando, algunas aplaudían con la masa de maíz entre las palmas de las manos, haciendo las "gordas", y otras llenaban sus baldes con agua de los tanques. El sol de verano

caía perpendicularmente, y todas las mujeres se metieron con sus improvisadas cocinas, bajo los carros.

De pronto, por la larga cadena humana tendida entre los rieles, corrió la voz.

-¡Se está quemando el parque de "El Niño"

Cien mujeres, doscientas, salieron de entre las ruedas y presenciaron el espectáculo: tres carros de caja, los primeros en la fila de trenes, donde estaba el parque de artillería destinado al cañón enorme, estaban ardiendo, sin duda encendidos por alguno de los fuegos de cocina de las soldaderas. Y era en esos tres carros de parque, donde estaban todas las granadas con que se podía contar para que "El Niño" enviara a lo lejos su huracán de plomo. Ni pensar en apagar el fuego, que se propagaba rápidamente por las paredes de madera, con unos cuantos baldes de agua. Los ferrocarrileros seguían durmiendo en sus cabooses...

Entonces, del grupo de mujeres que se había reunido alrededor de los carros ardientes, salió una voz:

-Vamos a sacar el parque, porque, si no, no hay para la batalla de mañana.

Contestó una gritaría:

-¡Vamos, vamos!

-¡Arriba las buenas mujeres!

-¡No se raje ninguna!

Y todas aquellas soldaderas se echaron sobre los carros, montaron a través de los cuadros de madera ardiendo de las puertas, comenzaron a mover las cajas del parque. La maniobra no era sencilla, porque cada caja de seis granadas era para la fuerza de dos hombres. Las mujeres lucharon bravamente, locamente: unas arrastraban las cajas hasta la puerta y otras se las cargaban en los lomos, ayudadas por una de cada lado, y comenzaban a andar, vacilantes bajo el peso, dando traspiés. Algunas no resistían y dejaban caer las cajas; otras se iban doblando lentamente y quedaban tendidas en la arena, con la carga sobre sus cuerpos.

-¡Arriba, arriba! ¡Puede estallar el parque!

Las caídas se levantaban, arrastraban las cajas por el suelo, formaban con ellas una trinchera a mucha distancia de los carros ardiendo, y volvían por más. La peor parte la llevaban aquellas que habían subido; el fuego se les había comunicado a las ropas, les había chamuscado el cabello y causado quemaduras en los brazos desnudos o en las caras sudorosas. Dos o tres fueron sacadas a medio asfixiar de los carros llenos de humo, y sus ropas apagadas con arena.

-¡Síganle, mujeres; síganle!

Las que recibían las cajas, abajo, subieron a los carros; las que estaban arriba, fueron a revolcarse en la arena para apagar sus ropas ardiendo. Y siguió la maniobra: las cajas salían ya con fuego en algunas partes; no pasaría mucho tiempo sin que las que estaban en el interior de la hoguera estallaran, y a lo lejos, regularmente, se oían los disparos de "El Niño" rociando de metralla la entrada de la sierra; mientras el viento traía dispersos toques de clarín.

-Ya se pararon ahí.

-Sí, pero a nosotras nos está llevando el diablo.

Seguía la lucha contra el fuego o más bien, el salvamento del parque. Las pobres mujeres estaban realmente en estado

lastimoso; muchas, casi desnudas por haberse quemado sus ropas; otras, con las cabelleras chamuscadas, las caras negras, los brazos rojos y ardidos; todas sudorosas y fatigadas.

-¡La última caja, la última! -gritó una soldadera avanzando por entre las llamas rojas y el humo denso; otras veinte corrieron hacia el carro a recibir la caja.

-¿De veras, la última?

-¡Seguro...!

El cajón de madera ardiendo de todos lados, fue sepultado en arena, que las soldaderas echaban con sus baldes, y a poco resurgía, negro, caliente todavía: era un tizón cuadrado, con ciento veinte kilos de muerte.

Las mujeres se tiraron en el suelo sin importarles el sol implacable, mientras los tres carros se iban consumiendo...

Al caer la tarde, volvió "El Niño", arrastrado por su locomotora: se llevó parque, y toda la noche estuvo haciendo ruido. Volvió a la madrugada, y regresó a su puesto; el cañoneo era continuo: cada minuto, un disparo sin falta; los toques de clarín eran también frecuentes: órdenes de avance, órdenes de reunión, dianas.

En los trenes, las soldaderas se curaban con manteca sus quemaduras, y aquel mediodía, por experiencia, hicieron sus fuegos fuera de los rieles, aunque para cuidar de ellos tuvieran que soportar el sol calcinante.

Pasado el mediodía, por la cadena humana tendida bajo los carros, corrió la voz:

-Ya vienen, ya vienen...

Y el ejército de mujeres se echó fuera de la única sombra en todo el desierto, y a la carrera avanzó hacia los soldados que regresaban. Los rebeldes habían tenido que retirarse ante el cañoneo de "El Niño", pues comprendieron que era inútil contestar con sus fusiles aquel fuego que venía de diez kilómetros de distancia. Sus trincheras habían quedado destruidas por las granadas. Doscientos muertos confirmaban la inutilidad de la resistencia, y los soldados volvían a los trenes sin haber tenido que disparar un solo tiro, sin una baja, regresaban todos los que habían salido a la víspera, en dos largas alas que avanzaban por el desierto, a uno y otro lados de la vía férrea.

Recibidos en triunfo por sus mujeres, tomaron a los carros y durmieron pesadamente, a cambio de la noche que habían pasado en vela.

Las soldaderas, viéndolos vivos e ilesos, cuando habían temido que fuera la de ese día una sangrienta batalla, se sintieron muy satisfechas de sus cabellos chamuscados, de sus cuerpos cubiertos de quemaduras, de sus fatigas y las angustias que vivieron en los tres carros ardiendo...

Los trenes se pusieron en movimiento, lentamente, como una larga culebra que despertara, y al caer la tarde comenzaron a pasar el cañón de montañas entre una valla de trincheras abandonadas y de cadáveres.

## La más bonita

### Magolo Cárdenas

Las situaciones que se narran en los textos siguientes reflejan formas diferentes de ver, sentir y valorar la vida; en cada texto realizarás actividades señaladas por separado; la actividad N° 6 del segundo texto te servirá para relacionar algunos hechos en ambas lecturas.

#### Actividades:

1. Lee detenidamente el relato.
2. Escribe un comentario acerca del contenido.
3. ¿Crees que la vida de una persona pueda darse sin tropiezos? Coméntalo con tus compañeros y expresa tu punto de vista.
4. ¿Cómo se describe a la persona del relato? Escríbelo.

**Nota:** En el punto 6 del siguiente realto ("Lucrecia") establecerás relaciones de diferente orden, en los hechos de estos relatos.

## La más bonita

MAGOLO CÁRDENAS

En la época de mamá, la más bonita se llamaba Marina Montoya. En mi adolescencia la más bonita era una amiga mía que se llamaba Elidia Compeán.

Mi amiga se pintaba el pelo color de rosa; se peinaba de crepé y rol para arriba y salía a pasear a la Alameda, frente a su casa, con su falda ampona que tenía grabado un perrito french pudl. Ella era altiva y erguida. Como usaba crinolinas, al caminar se le bamboleaba el vestido de un lado a otro. Elidia brillaba como un hada madrina. Era toda luminosa, toda de diamantina; sus lentes, sus ballerinas, sus calcetines, sus uñas, el color de su piel y su cabello. Era una princesa, mi amiga.

Desde niña Elidia supo que era la más bonita; que había nacido para que la consintieran y la quisieran. Eso era para ella tan cierto, tan claro y tan contundente como para mí la certeza de que el sol existe. Ella sabía que iba a pasar su vida protegida, entre algodones, como las orquídeas de los corsach para los bailes, que le llegaban de la florería de regalos de su novio.

De niña fue el orgullo de su familia. Sus hermanos y sus papás sabían, como lo sabía Elidia, que era la más bonita.

Todavía muy joven, se hizo novia de Neftalí que era el hombre que le correspondía: no era muy guapo, pero brillaba como mi amiga. Él era líder entre sus amigos, se peinaba de copete de brillantina y tenía una moto plateada. Era alto y muy fuerte y todo su ajuar de motociclista lo hacía verse más grande todavía. Además era lo que nuestros papás calificaban como "un buen muchacho" porque era muy cortés y educado; amable con los débiles y protector de las mujeres.

Neftalí iba a ver a mi amiga los domingos, así que los sábados ella dormía con tubos en el pelo y con un frijol pegado con escoch en la barba, para que al quitárselo al día siguiente se le viera partida. El domingo temprano, Elidia empezaba su arreglo personal obedeciendo siempre a un mismo procedimiento: se rasuraba las piernas y las axilas, se pintaba las uñas del

color del vestido que iba a ponerse, se enrizaba las pestañas con una cuchara, se maquillaba y, por último, se hacía el crepé y se peinaba. Todo lo hacía muy lentamente, como si se bebiera el domingo a muy pequeños tragos para que no se le acabara pues sabía que luego, seguirían los largos y tediosos días de entre semana.

Al terminar de arreglarse, Elidia relumbraba.

Después de comer se salía a esperar a su novio en el jardín, frente a su casa. Neftalí llegaba en su moto. Se iban caminando a misa. Al rato volvían de la iglesia. Elidia entraba sólo para dejar la chalina y el misal. Luego se sentaba con Neftalí a platicar en la barda de su casa.

Siempre estaban agarrados de la mano. A veces no tenían de qué hablar y se quedaban absortos, mirando hacia la Alameda, donde se paseaban todos los amigos que los admiraban. Ella tenía una actitud lacónica, como de desprotegida: Neftalí era el manto que la cubría, el árbol que le daba sombra. Desde que se hizo su novia, Elidia se volvió de su propiedad. Era como un regalo fino que nadie más podía tocar.

Al oscurecer, Elidia y Neftalí se despedían. Algunas veces -cuando lograban deshacerse de las miradas de los demás- podían besarse un rato. Luego, ella se metía a su casa. Antes de dormir, se quitaba el maquillaje con desgano y se acostaba. Los minutos se hacían pesados, pero mi amiga no entendía que tenía fastidio: durante los largos y tediosos días de la semana le haría falta Neftalí para no contar el tiempo.

Esas visitas de los domingos se repitieron puntualmente mientras fueron novios. Entre semana él se juntaba con sus amigos y ella con las mujeres. Eso no cambió nada. Lo que se fue modificando un poco fue el color de su pelo, el color del lipstick; la forma de los zapatos y los vestidos de Elidia. Su cabello color de rosa luego se hizo güero con rayos; por una temporada se pintó los labios y las uñas de blanco, se fue haciendo menos crepé y se peinó de chongo de gajos. Subieron y bajaron las bastillas de las faldas pero, fuera de eso, Elidia no cambió nada.

Dejé de verla cuando me fuí de Candela para entrar a la universidad. Ella estudió hasta secundaria y se casó muy joven. A mi amiga se le cumplió su destino de mujer consentida: no se equivocó porque, sin que lo supiera ella misma, nunca concedió margen al fracaso. Para Elidia no existió la posibilidad de escoger y, mucho menos, de escoger el error.

De vez en cuando tenía noticias de ella:

"Le cumple a Neftalí todo lo que a él se le antoja. Es una esposa ejemplar."

"Tuvieron una niña preciosa."

"Neftalí puso un negocio de construcción y gana mucho dinero. Le regaló a Elidia un coche muy fino, todo envuelto en papel de china."

"Se construyeron una casa enorme, la más elegante de Candela, que se parece a un castillo italiano que a Elidia le gustó cuando fueron allá."

"Se operó las arrugas y el estómago. Sigue siendo muy guapa."

"Hicieron un baile todo de Romeo y Julieta para los 15 años de su niña."

Regresé a Candela. Habían pasado años desde que vi a mi amiga por última vez. Neftalí se había muerto de una enfermedad repentina, muy joven. Desde entonces ella se vestía de negro e iba muy seguido a la iglesia.

Se veía muy guapa cuando la encontré aquel día. Me recordó con absoluta fidelidad a la que yo veía de niña, a la que resplandecía como hada madrina. Contra lo que yo suponía, la falta de Neftalí no parecía haberla afectado. Me habló de

él. Elidia pensaba que iba a verlo otra vez cualquier día; creía ciegamente en que Neftalí, desde el cielo, la protegía. Todas las noches, antes de dormirse, le hablaba, le daba las gracias porque las cosas buenas que le sucedían eran favores que él concedía.

Para mi amiga todo había estado asegurado desde que era una niña; como entonces, seguía sin permitirme margen al fracaso o a la equivocación. Ella pensaba en algo sólo cuando sucedía, pero después ya no. No pensaba por dentro de las cosas porque el mundo para ella tenía una sola cara. La luz con la que brillaba, nunca se apagó: Elidia era la más bonita.

### MAGOLO CÁRDENAS

(Saltillo, Coah.) Autora de libros para niños y jóvenes. De ellos *Noé no era el único Noé* ganó el premio IBBY, *Celestino y el tren*, publicado en tres editoriales, *María contra viento y marea* y *Con mis ojos a los muertos*.

## Lucrecia

SILVIA MOLINA

### A Sara y Nito

Nací en Tepexpan, un pueblo pequeño y pobre, al que se llega por la carretera a San Juan Teotihuacán. Mi pueblo es, sin embargo, famoso: custodia en un museo rural los prehistóricos huesos de una mujer, mal llamada "El hombre de Tepexpan", y de un mamut. Sus extensos y áridos campos están llenos de obsidiana, serpientes y hierbas olorosas.

Los habitantes de Tepexpan provienen de los constructores de las pirámides del Sol y de la Luna, pero su grandeza ha declinado al punto de que nadie la recuerda. Los ancianos visten de blanco y aunque no son intrépidos andan siempre con el machete en el cinto. Los jóvenes emigran en busca de trabajo y desprecian el oficio ancestral: barbacoyero. A veces, un domingo, se presentan a visitar a la familia, a llevarse ropa limpia, a ver a la novia. Llegan transformados, con pantalones y camisas a la moda, melenudos, altivos. Las muchachas se pasan la vida esperando que el novio regrese, que alguien llegue a sacarlas de la soledad; y en esa espera, lo único que las hace felices son las premoniciones, el invento de un futuro irremediable en el que yo también aprendí a creer.

Adormecida sobre sus inmensas bardas, una antigua hacienda ocupa casi todo mi pueblo. Construida a principios de siglo, su arquitectura no es particularmente bella. La hermosura consiste en la sobriedad de los muros, en sus trazos rectos, y en sus columnas cuadradas.

La Hacienda de Tepexpan, donde nací, alberga en uno de sus rincones el Hospital Nicolás Bravo, una dependencia de salubridad para enfermos crónicos no contagiosos. Por los cincuenta nombraron a mi padre director del hospital y llevó a mi madre a la hacienda, en cuyo viejo casco vivíamos muchas familias: las de los doctores y las del personal administrativo. Y dentro del viejo casco, cada familia vivía plácida e independientemente.

En el segundo piso de la fachada tienen todavía sus habitaciones las Hermanas de la Caridad, y allí mismo se eleva una misteriosa capilla. Las Hermanas entonaban maitines que me hacían despertar soñando con ángeles y oraban en el crepúsculo con una armonía y un ritmo que no he podido olvidar.

Crecí rodeada de ahuehetes y pirules. La flor del nopal, los entierros prehispánicos y la transformación de los renacuajos eran para mí cosa tan natural como los semáforos y los cines para mi prima Soledad, quien vivía en la ciudad de México.

En aquel tiempo mi mamá estaba preñada otra vez y por motivos que desconozco guardó cama durante casi todo su embarazo. Mi papá pasaba la mayor parte del día en el hospital; todas las tardes iba a buscarlo y me entretenía platicando con los enfermos o jugando con el teléfono de la administración: una cajita de madera a la que se le daba cuerda antes de descollar.

Los fines de semana venían a vernos mis abuelos, mis tíos y mis primos, y no faltaban amigos de mi papá; pero nosotros nunca íbamos a ningún lado.

Para Lucrecia, mi nana, la ciudad de México era un desafío; allá estaban, según me decía, todos los hombres del pueblo. Lucrecia tenía, en esa época, los ojos más sinceros que yo conocía; su mirada hacía alarde de lealtad. Lucrecia reía con los ojos, pero cuando los domingos traspasábamos las puertas de la hacienda para ir a la plaza donde se ponía el tianguis, no levantaba la vista del suelo y me hablaba casi en secreto. "Aquella señora que va para allá es la mamá de Juan." Juan era su novio.

Quería a Lucrecia y creía en su mágica palabra. Por las noches, mientras ella me desvestía para dormir, me rodeaba de las fantasías que deseábamos: por supuesto que se casaría con Juan y tendría un cuartito y... Yo aseguraba entenderla, pero una niña entiende apenas las cosas de las muchachas enamoradas que viven soñando, porque un día Juan también se fue a México.

Con la ausencia del novio, Lucrecia cambió rotundamente. Tantos meses sin saber nada de él le dieron una mirada desapacible. Por las noches me contaba historias de nahuales, de muchachas robadas, de espantados.

-Duérmete o me convierto en víbora.

-No me asustes, Lucrecia. Además, nadie puede convertirse en animal.

-No estés tan segura. ¿Ojos de qué me ves?

-No los hagas así que me asustas.

Me comenzó a dar miedo estar con Lucrecia y se lo dije a mi mamá: "Lucrecia, me haces el favor de no contarle tonterías a la niña; va a seguir con pesadillas." Pero Lucrecia no hizo caso y mi mamá se vio obligada a pedirle que se fuera al anochecer para regresar al día siguiente.

Cuando mi prima Soledad venía a pasar las vacaciones con nosotros, yo le iba mostrando lentamente los secretos de la hacienda: al fondo estaban los potreros y el jagüey, las gallinas del administrador, el establo abandonado, la gruta de la Virgen del Rosario de Fátima; luego, la huerta que cuidaban las Hermanas, y el campo, un campo soleado donde nos perdíamos corriendo con el Cajeme, mi perro, o cazando mariposas y atrapando chapulines. También la llevaba al hospital y le enseñaba los enfermos contrahechos, las rapadas, los muchachos sin piernas, las viejitas calladas e inmóviles.

A la una, Lucrecia iba a buscarnos.

-La comida está lista.

La una de la tarde era aburrida, larga y desesperante porque Lucrecia nos obligaba a dejar los juegos; y mientras nos servía la sopa de fideo, el arroz con plátano y el bistec, le preguntaba a Soledad cosas de la ciudad de México.

Soledad era miedosa y educada. Sabía cortar la carne y contestar: "Sí, tío. No, tía. Muchas gracias." Tenía los ojos verdes y dos años más que yo; presumía de que cursaba tercer año y de que dividía y multiplicaba varias cifras.

En Tepexpan no había escuela, y el sol del campo tostaba mi piel cada vez más. No sabía multiplicar ni dividir pero paraba de manos al Tetabiate, mi caballo, y tres horas a la semana me era permitido conocer el misterioso mundo de las Hermanas de la Caridad, pues subía a las habitaciones de Sor María Rosa, de quien recibí una sofisticada instrucción: los

mandamientos de la Ley de Dios y de la Santa Iglesia, entremezclados con la vida de Fray Bartolomé de las Casas y de Fray Toribio de Benavente; narraciones que yo le exigía para no repetir el silabario ni hacer sumas y restas. Cuando le recitaba de memoria los mandamientos, me regalaba estampitas de santos y me mostraba su colección de objetos prehispánicos. Constantemente venían del pueblo a regalarle figurillas y vasijas con los que tiempo después montó un modesto museo a la entrada del hospital. Sor María Rosa me dejaba jugar con las cuentas de jade y estampaba geométricos sellos precolombinos en mis manos.

Sin embargo, la mamá de mi mamá quería que me fuera a vivir con ella para que me quitara lo "salvaje". La mamá de mi papá, más consentidora aseguraba que ya tendría tiempo para ir a la escuela, pero me orillaba a tejer cadenas con gancho y a bordar punto atrás.

Después de la comida, Soledad y yo nos íbamos a sentar en las banquetas de la calzada que unía a la hacienda con el hospital. Por allí iban y venían los doctores y las Hermanas. Sor María Rosa, con su toca almidonadísima, entre ellas.

En la calzada esperábamos a mi papá, bailábamos el trompo o jugábamos a las canicas, y después nos perdíamos por los rincones de la hacienda seguidas por el Cajeme que no me dejaba ni para dormir.

Lucrecia nos buscaba antes de irse:

-Se las va a tragar el anochecer -nos decía con una voz mustia y llena de risa.

Volvíamos acosadas por Lucrecia y un horizonte de sonidos extraños. Nos daba de merendar y luego se despedía de mi madre:

-Hasta mañana, señora. Ya vinieron por mí.

Era verdad: iba por ella la yerbera del pueblo.

-Con ella estoy aprendiendo.

-¿Qué cosa Lucrecia?

-Cuál hierba cura el dolor de estómago y cuál es buena para el frío o el calor, con qué otra se quita el mal de ojo...

-¿Qué es eso?

-Lo que te voy a hacer si preguntas tanto, Soledad.

Cuando las vacaciones terminaban, de alguna manera yo comprendía más a Lucrecia: la ciudad de México nos privaba de los seres queridos.

Un día Lucrecia se presentó sin sus hermosas trenzas: se había hecho permanente en Texcoco. Sentí como si con su grueso cabello hubiera cortado el poco cariño que le quedaba por mí. También es cierto que nos separó el nacimiento de mi hermano Román: se afanaba planchando el alfilerón de pañales. Mi nana se había transformado, sin remedio, en un ser violento y distante, cuya mirada me ponía nerviosa.

Un domingo en el que estaban mis abuelos en casa, fui con los niños de la hacienda a buscar huevos de sincuate. Traía media docena en las bolsas de mi delantal, cuando al caer los aplasté.

-Mira nada más cómo vienes. ¿Qué te embarraste allí?

-Eran huevos de sincuate. Lucrecia.

-Pues vas a ver... la sincuate los va a andar buscando y va a venir a estrangularte.

Sus palabras cayeron infalibles sobre mí: su mirada no mentía. No habría escondite, no tendría salvación. Mis papás me habían prohibido participar en las exploraciones en busca de serpientes o de sus crías. Culpable de mi desobediencia corrí a pedirles a mis abuelos que me llevaran a México.

Asociaba la crueldad de mi nana a su pelo chino, a sus nuevos zapatos de tacón, a sus vestidos pegados, a su ambición de irse, ella también, a la ciudad: "Cuando venga Juan me voy a ir con él".

Esa noche, cuando Lucrecia ya no estaba, mi abuela, complacida, hizo mi maleta para una semana.

Mis abuelos vivían en la calle de Morelia en la colonia Roma. La casa me recibió lúgubre, oscura y la falta de espacio para jugar me ahogó en la nostalgia de la hacienda.

Regresé desesperada por ver a mis papás, por cargar a Romancito, por montar al Tetabiate, por perderme en el campo con el Cajeme. Además, tenía que contarle a Lucrecia lo horrible que era la vida en la ciudad: no me dejaron salir a la calle porque "viene el robachicos de Romita y te lleva".

Tenía que sentarme derecha, caminar derecha, no podía poner los codos sobre la mesa. A mi abuelo no le gustaba el ruido, dormía siesta, y las cantaras y los gritos estaban prohibidos, como el trompo, las canicas y todo: "Las niñas son modositas y juegan en silencio".

No acabábamos de llegar, cuando mi madre, asustada todavía, contó a la abuela lo que sucedió la noche que nos habíamos ido:

-Notamos al Cajeme muy inquieto. Iba y venía ladrando y llorando; trataba de decirnos que en el cuarto de los niños había algo. Pensamos que se había metido una rata. Román y yo fuimos por unas escobas... No te imaginas, mamá... Detrás del ropero estaba una sincuate de casi dos metros. Qué horror, mamá. No sabes qué horror. La gente del pueblo tiene la creencia de que vienen cuando hay niños de pecho; dicen que se prenden a las mamas de las madres; por eso, les dicen así, sincuates. Imagínate, no es que yo crea en eso, pero no he vuelto a abrir los ventanales del cuarto, y me ha quedado una inquietud muy grande. Me la paso registrando por todos lados.

-¿Y la sincuate, mamá? -me atreví, no sé cómo, a preguntar.

-La mató tu papá -confesó triunfante.

Corrí a buscar a Lucrecia. En la cocina estaba otra muchacha del pueblo.

-¿Y Lucrecia? -le dije.

-Dicen que a Lucrecia se la robó Juan y se la llevó a México.

Todavía hoy, cuando hablo con Soledad acerca de aquella época, llegan hasta mí los armoniosos cantos de las Hermanas de la Caridad y la voz templada de Sor María Rosa: "Fray Toribio de Benavente, Motolinía, tomó el hábito de la orden de San Francisco, allá en España..."; y también me atrevo a pensar que Lucrecia, mi nana, fue teniendo algo de vibora.

#### SILVIA MOLINA

Nació en el Distrito Federal en 1946. Es licenciada en Letras por la UNAM y editora. Recibió el Premio Xavier Villaurrutia en 1977 y fue becaria del Centro Mexicano de Escritores (1979-1980) y del International Writing Program de la Universidad de Iowa en 1990. Ha vivido en Francia, Inglaterra y Estados Unidos. Entre otros libros ha publicado: *La mañana debe seguir gris* (1977), *Ascención Tun* (1981) e *Imagen de Héctor* (1990); dos libros de cuentos: *Lides de estaño* (1985) y *Dicen que me case yo* (1989).